

El caballero doble

POR TEÓFILO GAUTIER

¿Por qué se ve tan triste á la rubia Eduvigis? ¿Qué hace sentada en silencioso apartamiento, con la barba apoyada en la mano y el codo en la rodilla, más sombría que la desesperación y más pálida que la estatua de mármol que llora sobre una tumba?

Brota de sus párpados una gruesa lágrima que corre sobre el vello finísimo de su mejilla, y esta lágrima única, pero interminable, á semejanza de la gota de agua que se filtra por una bóveda de piedra y concluye por desgastarla, cae sin cesar de sus ojos sobre su corazón, horadándolo y atravesándolo de parte á parte.

Eduvigis, rubia Eduvigis, ¿no crees ya en Jesucristo, el inefable Salvador? ¿Dudas de la intercesión de la Santísima Virgen? ¿Por qué aplicas con insistencia á tu costado tus pequeñas manos diáfanas, enjutas y descarnadas como las de las Elfinas y de las Wilis? Pronto vas á ser madre; este era tu mayor deseo. Tu noble esposo, el conde Lodbrog, ha prometido un altar de plata maciza y un copón de oro fino á la iglesia de San Herberto si le das un varón.

Mas ¡ay! la pobre Eduvigis tiene el corazón atravesado por las siete espadas del dolor; un terrible secreto pesa sobre su alma. Hace algunos meses que llegó un extranjero al castillo. Reinaba aquella noche un temporal espantoso; crujían las armaduras de las torres, chirriaban las veietas, los relámpagos se cruzaban en los caminos y el viento golpeaba los cristales como un importuno que quiere penetrar.

El extranjero tenía la belleza de un ángel, pero un ángel caído. Sonreía y miraba dulcemente, y sin embargo, su mirada y su sonrisa helaban de terror y producían el vértigo que se experimenta al asomarse á un abismo. Una gracia maligna, una calma pérvida como la del tigre que acecha su presa, acompañaban á todos sus movimientos; tenía un encanto parecido al de la serpiente que fascina al pájaro. Era un trova-